



CLAROSCURO

RELATOS BREVES

MARIANA PÉREZ VILORO

Claroscuro

1ª edición digital: 2020

D.R. © Mariana Pérez Villoro

Diseño de portada: Josué Fuentes

Sitio web:

www.marianaperezvilloro.com

CLAROSCURO

RELATOS BREVES

Mariana Pérez Villoro

*A Carlos Jiménez Velado por su alianza
en los momentos de sombra y luz*

ÍNDICE

Ventana	6
La gruta.....	8
Cuidado con el perro.....	12
Identidad	14
El mundo se puso de lado	16
Luna de miel.....	17
Flujo.....	20
En equilibrio	22
Palpitante	23
Párrafo nuestro	24
El hombre sin nombre.....	25
A pesar de sí mismo	28
Maniáticos.....	29
Presentación	31
La visita.....	32
Presencia	33

El señuelo	34
Arrebato	36
05/11/2984, día del accidente	38
Dimensiones musicales	40
Encantamiento	43
Cambio de jornada	46
Caritas	49
Un niño grande.....	52
El cordel rojo	54
Acto de magia	57

VENTANA

Su forma de vestir evidencia los años que lleva sentada en su sillón viendo hacia afuera, como si estuviera presa, esperando una pena de muerte. Parece una fotografía antigua deslavada por la lluvia de la tarde.

Desde tu balcón, contemplas a la vieja en la ventana del deteriorado edificio de enfrente. Sospechas que le gusta ser observada, que tu mirada le ayuda a recordar que sigue en este mundo, que no es un fantasma, que otros todavía pueden verla. “¿Será que los ancianos se sienten más vivos cuando observan a los jóvenes?”, te preguntas. La miras fijamente, sin pudor y con detenimiento. Penetras sus pupilas; y ella, las tuyas. Ambas se vuelven transparentes, comparten el espejo negro de sus ojos.

Entonces, ves hacia donde ella nunca ve: hacia dentro de su casa, de su vida. Una canción de otro tiempo suena en el tocadiscos, el tapiz de la habitación se cae a pedazos, el polvo cubre muebles y adornos,

las goteras en el techo salpican la alfombra bajo los zapatos, la humedad cala en los huesos.

Cierras los párpados cansados de tanto mirar. Una gota de lluvia salpica tu mano y te hace abrirlos de nuevo. La chica en el balcón de enfrente te mira.

LA GRUTA

Mi corazón palpita aceleradamente. Vuelvo a preguntarme si ésta es una buena idea, si hay alguna forma de evitarlo. He escuchado mucho acerca de la cueva: que quienes entran no salen, que quienes logran salir se vuelven locos. Cuentan que una mujer entró y no pudo soportarlo; ahora vive a las afueras del pueblo, no sale de su casa y no habla con nadie. Dicen los que alcanzaron a verla cuando dejó la gruta, que había algo hondo en su mirada, que no servían las palabras para describirlo y que, a partir de entonces, algo en ellos también cambió. Más vale estar preparada para todo. Para todo.

Desperté en la madrugada con la mente clara. Ningún pensamiento la cruzaba. Algo se desató en mi pecho, y mi respiración se volvió más profunda. Una única imagen vino a mi mente: la entrada de la caverna. Tenía la fuerte sensación de que me esperaban en el fondo, desde hacía tiempo.

No fue difícil llegar al acceso, todos saben dónde está la cueva pero pocos se acercan. Dicen que la abertura absorbe y que el miedo no es suficiente para detenerse. Entro.

El camino se angosta conforme desciendo lentamente. El aire se torna frío; el lugar, más oscuro; y los sonidos, lejanos y difusos. Es como si la tierra me engullera. Tengo la sensación de que algo de mí se queda atrás. Me voy sintiendo frágil al adentrarme despacio. Mis piernas se tambalean cuando el último rayo de luz exterior que ilumina la caverna se desvanece.

Algo respira cerca de mí, muy cerca. Contengo mi inspiración. Entonces, me doy cuenta de que es mi propio aliento. ¡Qué fuerte que se escucha! Avanzo unos pasos y resbalo, golpeándome con las rocas, por una especie de túnel que descende hacia el corazón de la gruta.

Al llegar al fondo, ya en calma, alcanzo a percibir el dolor y la humedad de mi sangre en la nuca, pero un sonido deslizándose en la oscuridad me hace

levantarme de golpe. ¡Unas ventosas se adhieren a mi brazo! Lo sacudo con fuerza. El bulto se desprende y retrocede. Su piel trasluce un brillo color verde claro que resplandece desde el interior de su cuerpo; es una especie de cefalópodo. Su luz es tan intensa que ilumina el espacio: estalactitas y estalagmitas se alargan como si el techo y el suelo quisieran tocarse.

El molusco se adentra en la oscuridad fijándose a las paredes mojadas. Un deseo irresistible me obliga a seguirlo. Los huecos por los que pasa son cada vez más estrechos. Su piel se vuelve totalmente transparente hasta que desaparece, y sólo queda flotando la luz verde que continúa descendiendo y alumbrando la cueva.

Llegamos a un espacio amplio donde un lago subterráneo resplandece del mismo color cetrino de aquella luz. Como hipnotizada, me despojo de mis ropas y me meto al agua. Está fría, y mis músculos se entumecen. De la profundidad, emergen pequeñas fosforescencias que me cubren y transmiten calor. Pienso en todos aquellos que han entrado en la

caverna. Mi cuerpo va entibiándose, una alegría me invade y mis ojos se humedecen. El corazón se abre como una flor de agua y el cuerpo se vuelve ligero hasta disolverse.

Los destellos nos elevamos para formar una gran figura de luz. Soy un resplandor más en esa forma geométrica y colectiva que se modifica constantemente, en esa luminiscencia que rota como un caleidoscopio, que adopta todas las combinaciones posibles. Cada diseño reemplaza al anterior. De la última configuración sigue otra, equivalente en belleza, que no es posible posponer ni retener. Ésta también deja paso a una nueva, igualmente compleja y perfecta. El cambio es inevitable. Aunque, por momentos, me veo tentada a querer que se conserve cada creación, cada etapa, paulatinamente me voy atreviendo a soltar el miedo a la transformación, y va dejando de importar no salir nunca de la gruta.

CUIDADO CON EL PERRO

Escuchaste su respiración jadeante. Sentiste el aliento cálido que tensó los músculos de tu pantorrilla. Evitaste voltear a ver. De reojo, era distinguible su silueta atlética; estaba bien alimentado. “Los perros huelen el miedo”, dicen. Saberlo lo incrementa. Proseguiste intentando no apresurar el paso, con cuidado para que las hojas secas no crujieran en demasía. No querías alterarlo. El terreno baldío era suyo. Te seguía de cerca. Un movimiento en falso era mordida segura.

Ya habías cruzado la propiedad anteriormente en dos ocasiones. El can te observaba desde el otro extremo. Después, se acercaba con lentitud, pero tú lograbas atravesar su territorio y seguir tu camino. Esta vez fue como si te hubiera estado aguardando, al acecho. En cuanto pisaste el terreno sentiste su presencia, pero al revisar el lugar con la mirada no te fue posible divisarlo. Avanzaste algunos pasos con

temor. Entonces, percibiste detrás de ti sus patas en la hojarasca.

Podían escuchar perfectamente, él aún mejor que tú, el crujir de las hojas, tu respiración y la suya. Aunque era de tarde y el viento estaba fresco, el animal emanaba un intenso calor. Pisaste una rama que se partió con un sonido seco. La fiera se acercó aún más con el hocico entreabierto; podías sentirlo. Te temblaron las piernas. Distinguiste la sangre punzando en tu cabeza. Cerraste los ojos y contuviste el aire. Una gota de sudor te recorrió la espalda al presentir su lengua tibia y los colmillos enterrándose en la carne de tu pierna. Fue en ese momento que recordaste otra cosa que la gente dice: “perro que ladra no muerde”. El perro no había ladrado.

IDENTIDAD

Escucho: el golpeteo suena distante. Poco a poco, se va volviendo más cercano, como si alguien lo trajera de lejos para meterlo en mi pecho, casi sin que yo alcanzara a darme cuenta. Siento el cuerpo entumecido, torpe.

“¿Un accidente?” Intento recordar qué pasó, dónde estoy, mi nombre. Nada. Sólo existe el presente. Lo único en mi memoria es el sonido de mi corazón. Observo alrededor: el lugar no arroja ninguna pista. Lo mismo daría estar en una carretera, en el piso de una casa, en una cama de hospital. “Ha de haber sido un buen golpe.” Busco en mi cuerpo alguna herida, sangre, una cicatriz, un rastro, cualquier cosa que me ayude a descifrar mi condición. Otra vez, sólo preguntas. “¿Será que tengo fiebre?” Veo mis manos, mis brazos, mis piernas, mis pies intactos sin entender qué pasó, quién soy. “¿Tendré algún tipo de demencia, un deterioro mental que no me permite recordar?”

Algo me impulsa a ponerme de pie. Me cuesta trabajo, mis piernas se doblan. “Debo haber estado mucho tiempo en esa posición.” Doy unos cuantos pasos vacilantes. La respuesta que busco está cerca, lo intuyo. Avanzo como un títere movido por los hilos de su cruceta sin oponer resistencia. Me suelto, me dejo llevar. Es como si caminara por primera vez. “¿Será que estoy bajo el efecto de alguna droga?” Siento como si me desdibujara, como si me diluyera. Algo de mí se va desvaneciendo al acercarme a ese punto en donde todo se aclara. “¿Será un sueño?”

Escucho otros latidos. Son los tuyos. Por fin comprendo, ya no hay más dudas. La esperanza me invade, es el comienzo de una nueva vida. Suavemente, con la cadencia del texto, casi sin que alcances a darte cuenta, entro en ti. Sin temor, dejo morir esa parte de mí al leer las últimas palabras.

EL MUNDO SE PUSO DE LADO

Pegada al piso fresco, me vuelvo cada vez más joven, hasta ser niña otra vez. Mi mente despierta, brilla como el sol en los finos vellos de mi brazo extendido frente a mí. Una pelusa blanca rueda llevada por el viento. La sigo. Así, con la mejilla izquierda unida al mosaico del suelo, me deslizo hasta el jardín. La borla se eleva en el aire hacia mi derecha con un sople de viento; el pasto me hace cosquillas en la otra mitad. Los tallos de las flores son puentes por donde las hormigas viajan.

 Mi posición ante la vida es ahora horizontal. Desafiando la ley de la gravedad, despego mi cuerpo paralelo un par de metros y viajo por el mundo. Visito el mar, esa densa cortina de agua a mi izquierda, y la irregular pared de arena del desierto. Llego al bosque y juego a brincar los troncos de los árboles como si fueran vallas. Hasta que vuelva a ser adulta, la tierra y el cielo serán este y oeste.

LUNA DE MIEL

Lucía corre sin mirar atrás. Con las últimas luces del día, su cabello se deshebra en filamentos de obsidiana. No debí decir lo que dije... Va a llegar primero que yo... Mis botas siguen sus pasos, demasiado lento. Al fondo, las ventanas de mi cabaña son pequeños cuadros de luz suspendidos. Lucía cierra la puerta tras de sí. Hay un hueco en mi vientre: la imagen de Diana quitándose los aretes y, peor aún, los aretes de plata olvidados sobre el buró. Un exceso de energía palpita dentro y en contra. Lucía cierra la puerta con seguro. La conozco, sé que es capaz de matarme, de huir enloquecida, de dejarme aquí para que, al pasar los días, sea el olor quien la denuncie: el diablo es un ángel dominado por los celos. Cuando nos conocimos, su belleza encendió mi instinto; ella sabe cómo soy... pero este día... este día es especial. Tengo que matarla, antes de que ella me mate a mí, antes de que se convierta en asesina. Que nos volvamos a encontrar en la otra vida. Si ella muere, su cuerpo

descansará en un altar donde sólo yo pueda contemplarlo, así, natural, como cuando no sabe que la observo: una nube dormida y desnuda de formas caprichosas. Meto la mano en el bolsillo de mi pantalón. Recuerdo a Diana entregándome la copia de las llaves, evoco su rostro endurecido. Sopeso el aluminio en mi mano: una ventaja sobre Lucía que cree tener el único par. Llego a la cabaña, abro, empujo la puerta con cuidado, alerta. Si yo muero, podría contemplarla desde arriba como la ve Dios... Mi pensamiento se aclara. Hay otra alternativa: que viva ella. Me reprendo por no haberlo pensado antes. Tomo una soga de la bodega y salgo en silencio. Me dirijo a un árbol, lo trepo, ato la cuerda, actúo rápido: que no me arrepienta. Acomodo el mecate alrededor del cuello. Me lanzo. El carro nupcial está estacionado... los contornos se difuminan... a lo lejos suena un disparo... hasta que la muerte nos separe... el aire ya no alivia mis pulmones... nos besamos en el templo... sonrías sus ojos húmedos de niña leona... nadamos... Un crujido irrumpe y me

sorprende seguir vivo. Mis manos instintivamente buscan, torpes, cómo arrancar la cuerda del cuello; lucho por soltarme, me balanceo con violencia. La rama se quiebra, el suelo golpea en seco mi costado, aflojo la soga áspera, me abro y una bocanada de aire me regresa a esta noche estrellada, esta noche sobre la hierba fuera de la cabaña donde mi adorada esposa está a punto de encontrar la prueba de mi traición. Una patrulla se estaciona junto al carro nupcial. Un policía me esposó, no me resisto. Me meten a la patrulla. ¿Qué inventaste, Lucía, para que vinieran a buscarme? Me llevan en el auto. Tú y yo nos alejamos. Te voy a extrañar... El parabrisas enmarca el paisaje: en el cielo, una esfera amarilla cubierta de cráteres causados por impactos y explosiones, vela nuestra noche de bodas.

FLUJO

La delgada rendija por donde entraba la luz se hizo más estrecha. Quiso volver a abrirla pero la energía no le alcanzó para levantar sus párpados pesados: era el momento. Clavó sus garras en la tierra, queriendo aferrarse, pero una debilidad devastadora lo sometió.

La fragilidad, desconocida hasta entonces, vibró muy dentro ensanchándose como las ondas en la superficie de un lago al arrojar una piedra. Un manto frío se deslizó para llevarlo consigo.

Evocó incontables, repetitivas, permanencias: la niebla de la conciencia, la miseria de la materia. Sus huesos perdieron densidad, sus músculos y órganos se vaporizaron, su mente se expandía.

Era, ahora, una nube densa de humo negro. Una fuerza irresistible lo jaló desde su centro, y se volvió torbellino. Absorbió con ansia, pero era imposible saciarse.

No le quedó más remedio que rendirse. Entonces, desahogó la herida de su vida, de tantas vidas, en un

potente chubasco. No hubo molécula que no fuera purificada.

La lluvia fue tornándose en un río dócil, contenido por su cauce, capaz de albergar peces y saciar pájaros. Se dejó llevar y, finalmente, llegó al océano que con su oleaje, como a un hijo recién nacido, lo arrulló.

EN EQUILIBRIO

A contra luz, era como si los rayos del sol salieran de su cabeza. “Parece un santo”, pensó ella desde abajo. “Qué buen ángulo”, pensó él, disfrutando de su escote desde arriba. Los dos sonrieron para sí.

Ella se impulsó hacia lo alto, y el aire agitó sus cabellos. “Si quieres vamos a mi casa”, dijo, y un sutil cosquilleo la recorrió de la garganta al sexo. Con los pies en la tierra, él sintió que echaba raíces y pudo percibir su espíritu extenderse.

Como ella lo había hecho antes, propulsó su cuerpo, y ella descendió. El peso lo hizo bajar un poco, y ella subió. Quedaron los dos adolescentes un instante suspendidos sobre el balancín. Con el último sople dorado de la tarde en el polvoso parque, sonrieron, el uno al otro, al encontrarse las miradas.

PALPITANTE

El humor del trópico entibia la atmósfera. Hilos de lluvia recorren la corteza de los árboles. Un olor a flor blanca impregna el ambiente. Entre la maleza, una incandescencia me atrae como un imán atrae a otro de carga opuesta. Cruzo el follaje que se va espesando. Selva adentro, descubro un enorme botón que brilla, parece una nave. Se abre, y, sentado dentro, lo encuentro a él. Levanta la cara, y nos reconocemos. Sus ojos, al contacto con los míos, sacan chispas. Tiene un ojo de guerrero y otro de niño. Expande sus alas blancas y la gruesa armadura que lleva puesta queda descubierta. Me acerco. Pieza a pieza, le voy quitando la coraza. Su piel emana esa fragancia a flor de limón. La humedad baña sus muslos de animal; un fruto luminoso brilla entre sus piernas. Quiero tocarlo; nos damos las manos. Entrelazamos los diez dedos: somos de la misma especie. Él deshoja los pétalos delicados que me cubren. Desviste mi alma, la penetra.

PÁRRAFO NUESTRO

Resbalan las emociones rumbo al papel, se derraman incontenibles. Sin oponer resistencia, dejo que el texto sea. Así surgen mis palabras. Pulsos vueltos letras anidan aquí. Entonces, me doy cuenta: tú me lees. Quiero que exista este presente, que la sangre te recorra en rojo tibio, que mi paz te alegre y tu pecho se llene de sílabas que se vuelvan paisaje. El paisaje que tú elijas. Y en esta amplitud nos dejemos llevar y la frescura de la palabra “viento” te acaricie. Que seamos este continuo flujo de escritura y avancemos contemplando nuestro resplandor. Sintamos brotar lo vivo: amor que no cabe, que sale por los poros de la hoja en forma de vocablos. Esa claridad nos invada, nos contenga, viaje con nosotros hasta el último signo. Que así sea, por los signos de los signos.

EL HOMBRE SIN NOMBRE

Tras la discusión, al soltarse la lluvia, crucé la avenida y, buscando un refugio, entré a una casa en construcción. Me senté sobre un costal de cemento y, mientras esperaba a que pasara el aguacero, me puse a pensar. Yo era un hombre que pensaba mucho.

Pensé que encajaba muy bien en ese contexto de cosas incompletas, y vino a mi mente Alicia. Igual que siempre, intenté evadir su imagen en cuanto se asomó como nube oscura en un cielo ya nublado. Pero el recuerdo volvía y, cada vez, con más intensidad. Podía escuchar sus palabras atormentándome con el timbre dulce de su voz. Al paso del tiempo, exhausto de luchar, me rendí. Me permití pensar en ella. Pronuncié en voz alta el nombre.

Las paredes repitieron “Alicia” conmigo; repetimos juntos por horas “alicialicialicialicialiali...” hasta que perdió el sentido. Quedó el sonido sin su significado. Quise, entonces, también olvidar mi propio nombre y, de la misma manera, lo hice. Luego,

los de mis parientes, amigos, conocidos. Y todos los nombres que se me vinieron a la mente.

Después, los verbos “volver”, “bailar”, “herir” y cuantos pude recordar. Pronunciándolos una y otra vez, extravié los adjetivos “agradable”, “difícil”, “escaso” y la totalidad de los que antes guardaba en mi vocabulario. Siguieron los sustantivos “luna”, “siesta”, “vergüenza”... Al final, simplemente, fui enunciando palabras hasta que no quedó ninguna.

Entonces, sentí que era las nubes en aquel cielo nocturno, o mejor dicho, esas formaciones grisáceas allá en lo alto que no podía nombrar. Yo era también el costal de cemento, el olor a tierra mojada, la lluvia en el charco, el sonido del tráfico, el coche que se estacionó fuera de la casa, la mujer que bajó del auto y el hombre que estaba sentado sobre el costal de cemento mirándola. Fui todo eso al mismo tiempo, sin palabras, como si cada cosa fuera parte de todo. Cada elemento estaba vinculado a los demás, no había necesidad de separar, de bautizar nada.

Al hacer contacto mis pupilas con las de la mujer, con las de Alicia, brotó una avalancha de palabras, palabras terribles y palabras redentoras, todas dotadas del mismo gozoso vacío. Las sentí surgir, cada una de ellas, no desde mi pensamiento, sino desde otra parte, esa parte a la que nombramos “corazón”.

A PESAR DE SÍ MISMO

Desde que era niño, Pascual había querido ser ventrílocuo. La palabra le sonaba a persona importante.

Cuando juntó el dinero suficiente, se compró un muñeco y empezó a presentarse en las fiestas infantiles. Pero era mediocre... más bien malo. Bastante malo. Hasta los niños más chicos notaban que abría ligeramente los labios cuando interpretaba al personaje de su muñeco.

Una noche de frustración e insomnio, como un acto de burla hacia sí mismo, vistió y maquilló al muñeco como si fuera un mimo.

Afortunadamente, el ventrílocuo malo resultó ser un buen titiritero. Bastante bueno. Y el título, aunque menos distinguido, le sonaba suficientemente bien.

MANIÁTICOS

Antes de dormir, Gabriela pone un vaso de agua en su buró y nunca se la toma. Margarita no puede evitar hacer nudos con los tallos de las cerezas. Olga busca las “O” en la sopa de letras. Sara guarda para el final lo que más le gusta y se llena antes de probarlo. Rogelio se hace la raya del cabello tres veces, las tres idénticas. Susana combina sus calzones con sus calcetines aunque nada más ella lo sabe. Erika cuenta los escalones de su casa, siempre son quince. Tania se persigna antes de que despegue el avión a pesar de no creer en Dios. Mario, el único usuario de su automóvil, cuando se baja revisa que las puertas traseras tengan el seguro puesto. Al pasar por un parque, Daniela tararea en su mente la misma canción. A Javier sólo se le pegan las melodías que no le gustan. Raúl pide constantemente silencio a sus alumnos aunque estén callados. Cada vez que se equivoca en la vida, Antonio piensa “control-z”. Pablo siente su alma más ligera al vaciar la papelera de reciclaje de su computadora.

Marla rompe en pedacitos todos los papeles que tira a la basura. Lorena no pone punto sobre la “i”. Ángel sólo hace apuntes con pluma azul. Y yo, Mariana, yo escribo enumeraciones.

PRESENTACIÓN

—Buenas noches a todos. Mi nombre es Leidolf. Soy alemán. Y soy neurótico. Estoy aquí porque la luna me tiene harto. Mucho más que harto. Ese maldito satélite nunca se está quieto, y eso, para un tipo como yo, es un terrible inconveniente. Desaparece y cuando creo que ya no va a volver y el cielo está negro, apaciblemente negro, una sonrisita blanca y cínica vuelve a brillar en lo alto. Sí, como ustedes comprenderán, ser un neurótico... un neurótico hombre lobo no es nada fácil.

LA VISITA

Llaman a la puerta. Con inquietud detengo mi juego en el jardín. Al abrir, descubro que el visitante es un esbelto perro negro. Solemne y en calma, entra a la casa y llega hasta mi edén; ni siquiera se me ocurre detenerlo. Sin dudar, lo sigo al patio.

Se sienta frente a mí y se queda inmóvil. Sus pupilas de esfinge atraviesan mis ojos de niña. Permanecemos en silencio. Un silencio interminable.

El can finalmente emite un aullido que estremece al sol. El cielo se oscurece. En la penumbra, veo que agacha la cabeza de animal: ahora su lomo corona el cuerpo, que se torna en un impreciso bulto negro. Va tomando una forma alargada, parece un humano que, de estar encorvado, se incorpora lentamente.

Al quedar de pie, los ojos del hombre centellean, me quitan el aliento. Mi garganta se cierra. Lo miro, con pureza, por última vez.

PRESENCIA

Perdida en su propio cuarto, lo explora aunque lleva ya varios años en esa habitación del hospital psiquiátrico. Su cerebro no es capaz de construir recuerdos. Todo sucede ahora, es como si naciera a cada segundo. Los fenómenos en su entorno son parte del continuo que ella encarna. Se convierte en aquello que percibe, aquello en donde posa su atención. Viaja instante a instante, atraída por infinidad de estímulos, sin poder regresar a sí misma.

Se asoma por la ventana y, con sus sentidos totalmente despiertos, experimenta las seis y doce con cuarenta y tres segundos de esa tarde de abril. Del otro lado del cristal, vuela un perico rumbo a su árbol. Ella, agitando las alas, se pierde en el horizonte. La luz del sol baja, y su mirada se refleja en el vidrio de la ventana: dos óvalos vivos. Y ahí, en esa conexión, vuelve por un momento a casa.

EL SEÑUELO

Los muebles de madera te acompañan en silencio, con la atención puesta en tus movimientos, en tus decisiones. Yo, el libro impreso que lees, los conmuevo. “¡Qué masacre!” piensan, al apreciar mis páginas de papel, y evocan una multitud de troncos cortados.

Por los humanos, por ti en particular, sienten compasión. Ellos, que llevan numerosos ciclos grabados en sus vetas, conocen bien la ley de causa y efecto: toda acción genera un resultado similar. Blanco y mudo, a pesar mío, sostengo estas palabras impresas, este breve relato: el señuelo.

Mientras lees, un hombre atormentado pasa junto al árbol que crece fuera del recinto en que te encuentras. Lo sé porque me lo dice el murmullo de las hojas, en ese idioma que entendemos quienes alguna vez fuimos árboles. El final de este círculo está cerca.

Los muebles se estremecen al sentir la vibración, todavía imperceptible para ti, de los pasos que resuenan en su madera, cada vez más cerca. Se contienen para no crujir. Tú no sueltas el texto. Si tan solo creyeras en mis palabras... Si te levantarás... Si huyeras... Pero no escapas. Y yo, que he probado en mi cuerpo el filo del hacha, quisiera tener ojos para cerrarlos y librarme de presenciar tu final.

ARREBATO

La gruesa puerta está emparejada. Agitada, entro y tengo la sensación de nunca haber salido. El sitio me resulta familiar pero no logro identificar por qué. Está oscuro y no hay ventanas. Un delgado rayo de luz se cuele a través de una rendija en el techo. Como si estuviera prevista mi llegada, el sol parece iluminar a voluntad un área del suelo justo donde se encuentra una pequeña caja de metal.

La levanto y, al tomarla, la sangre pulsa en mis venas. La abro lentamente. Mis músculos se tensan y mis piernas flaquean al descubrir que contiene un corazón. Un corazón humano.

Impelida por una inevitable atracción, lo saco. Late suave y tibio. Lo siento frágil en la mano como un pájaro herido. En mi pecho la ternura da paso a un vuelco más profundo. Algo importante depende de mí; por eso estoy aquí, ahora lo entiendo.

En mi puño el órgano palpita; lo sujeto con firmeza. Lo oprimo un poco. Y un poco más. Sé que no

debería, pero no me detengo. Algo más poderoso que la cordura me induce. Pienso en regresarlo a la caja y salir por donde entré, pero no lo hago. Me rindo y aprieto con más fuerza. Tengo el poder.

El corazón se torna grisáceo, y el espacio entre cada latido se alarga hasta llegar al silencio. El dolor, la tristeza, también crecen. Vencida, dirijo la mirada a mi pecho, a ese hueco en el lugar del corazón.

05/11/2984, DÍA DEL ACCIDENTE

Frente a mí, la cabina de mi nave se aleja. El recinto se alarga hasta parecer un pasillo: el tiempo se expande de manera visual. Un zumbido grave retumba y se detiene para surgir de nuevo: es mi ritmo cardiaco. Estoy viva. Todavía.

Siento la sangre correr por los circuitos principales hasta a mis órganos. Noto el movimiento de mi respiración: la inspiración en las fosas nasales, los pulmones y el vientre expandiéndose y contrayéndose, la exhalación por la boca.

El lugar se ha vuelto un túnel en el que es imposible acelerar mi avance; voy progresivamente más lento. Distingo cada uno de mis huesos articulándose, los músculos que se involucran al dar un paso.

A mi lado derecho, a través de los cristales en las ventanillas circulares observo el universo: en segundos se crean soles, constelaciones, nebulosas, galaxias. Me contemplo en el vidrio: un bebé crece

hasta ser una niña, una adolescente, una mujer que envejece.

Del otro lado, en las ventanas a la izquierda, la cantidad de imágenes, su velocidad, es también inconcebible. Me reflejo anciana y voy rejuveneciendo hasta llegar al momento de mi concepción. Más allá del espejo, involucionan los planetas, van desapareciendo las constelaciones, se recoge en espiral la Vía Láctea.

DIMENSIONES MUSICALES

Una luna amarilla ilumina la noche. La tierra del desierto está seca y cuarteada. Cactus, biznagas, yucas y rocas componen el paisaje. Un niño, de vestimenta rural y tez morena, sentado, apoya su espalda contra una gran piedra. Una anciana, con ropa de campo y un morral, que reposa junto a él, contempla el firmamento estrellado y sonríe llena de paz. El pequeño, afligido, mira el suelo agrietado.

—¿Los deseos pueden hacerse realidad, abuela?

—La realidad es la música de tu conciencia.

La vieja saca del zurrón una ocarina de barro. Con suavidad, la coloca en sus labios y comienza a tocar una enigmática melodía. Cada nota hace surgir una flor en algún cactus a la redonda. El paisaje va adquiriendo un intenso colorido.

—¡Puedes cambiarlo todo, abuela!

—Lo que cambia eres tú. —Le entrega el instrumento a su nieto, quien lo observa inseguro.

—Cierra tus ojos. No te impacientes, no juzgues.

—El chiquillo deja caer sus párpados y toca algunas notas disonantes.

—Cuando el temor pase, reconocerás tu verdadera naturaleza.

La estridencia que el crío produce, va transformando el entorno en un paisaje infernal: en el suelo se abren cráteres de los que surge un humo amarillento y un estrecho río, por el cual corre un líquido burbujeante, atraviesa el lugar. El niño, ahora un joven demonio, sentado a la orilla del riachuelo toca el instrumento de manera caótica.

—Respira profundamente. Confía.

El pequeño sigue el consejo de la abuela, y la melodía va tomando forma poco a poco. El agua espumeante se vuelve trasparente y un cardumen de peces nada en la corriente. Los rodea un bosque de vegetación abundante, y el fauno en que se ha convertido el músico continúa tocando la ocarina, sentado al pie de un viejo árbol. Con cada nota, crecen frutos.

La melodía fluye gradualmente más armoniosa, más limpia, y el paisaje también se transfigura al mismo ritmo: el suelo pasa a ser un lago del que surgen formaciones cristalinas. Las estrellas se reflejan en el agua límpida. El pequeño ángel, con una leve y profunda sonrisa, flota gozando su improvisación. Los sonidos hacen brillar intensas luces en el interior de los cristales, el paisaje va aclarándose en sintonía con el sonido.

El niño termina su pieza, y el lugar vuelve a ser el desierto en que él y su abuela han vivido siempre.

—Ahora toca algo tú, abuela. Quiero escuchar tu música.

ENCANTAMIENTO

—Vas a ver algo increíble —advierde el mayor, mientras los dos hermanos trepan el árbol.

El follaje los cubre pero alcanzan a ver entre las hojas la ventana abierta de una habitación decorada, tanto como es posible en ese barrio, como el de una princesa. La luz de la calle, ilumina la figura delgada y de tez clara y los enormes ojos verdes de una muchacha de unos catorce años de edad. Lleva puestas unas desgastadas zapatillas color blanco. Se desviste, se sienta sobre la cama, se estira como si fuera un gato y se dispone a quitarse el corpiño.

—¡Se va a encuerar! —se impacienta el menor.

La muchacha mira hacia fuera y sus ojos brillan.
—¡Ya nos vio! —El hermano mayor empuja al otro. En cuanto recupera el equilibrio, los dos vuelven la vista a la habitación. Los zapatos de la joven están junto a la cama y, en lugar de ella, sobre ésta se encuentra un gato blanco de ojos verdes.

A la mañana siguiente, en un cable de luz en la calle del barrio, cuelgan las zapatillas de la adolescente. Una vieja vagabunda, con unas maltratadas botas rojas, se acerca con la mirada puesta en ellas. La sigue un perro callejero.

—¡Vamos a tener zapatos nuevos! —informa a su acompañante mientras intenta bajarlos del cable con un palo para cortar frutos de los árboles.

Mientras el can se rasca, toma agua de un charco y orina unas bolsas de basura, la vieja logra zafar las zapatillas. El animal, sacando la lengua y moviendo la cola, observa a la mujer quien intercambia su deteriorado calzado por los zapatos blancos.

—Mira qué elegante. Soy una princesa — presume, feliz, a su amigo, a pesar de que le quedan algo apretados.

Anuda las agujetas de sus viejas botas rojas y las lanza al cable de luz. Como por arte de magia, quedan colgadas al primer intento.

Por la tarde, un barrendero pasa la escoba en la misma calle. La pequeña hija del hombre juega a dar

vueltas sobre su propio eje mirando al cielo. Descubre con asombro el antiguo calzado de la vieja vagabunda que adorna el cable de electricidad.

—¿Los quieres? —El barrendero usa su escoba para bajarlos.

La niña se pone los enormes zapatos rojos, y su padre arroja al cable de luz los estropeados tenis de la nena, que permanecen suspendidos en espera de un nuevo dueño.

Esa noche, los dos hermanos observan caminar por la barda de la casa vecina a la chica convertida en gato. La pequeña hechicera, con las gigantescas botas rojas, vuela en la escoba de su padre. La vieja princesa, en compañía de su noble perro guardián, ataviada con las delicadas zapatillas blancas, contempla el reino sentada en su trono bajo un puente.

CAMBIO DE JORNADA

Rogelio y Teresa, casados desde hace más de cuarenta años, yacen recostados en su cama. Ella duerme boca arriba y, con la boca abierta, ronca terriblemente fuerte. Él, recostado junto a ella, por obvias razones, con los ojos abiertos de par en par mira el techo.

Rogelio se cubre la cabeza con la almohada; ella sigue roncando. La mueve un poco; ella guarda silencio, pero cuando él se acomoda y se dispone a dormir, Teresa vuelve a roncar. Molesto, Rogelio la empuja levemente. Su mujer hace silencio; él la observa desconfiado, esperando... Los ronquidos regresan. Rogelio la sacude con la delicadeza y la fuerza justas, y la paz se manifiesta... fugazmente. Desesperado, enciende la lámpara de buró y se asoma por la boca abierta de su amada.

Dentro, más allá de la campanilla, cerca de las cuerdas vocales, distingue a un diminuto hombrecillo que viste un overol. Éste serrucha con intensidad una pequeña tabla: el origen de los ronquidos. A un lado

del carpintero interno, se encuentran en desorden una gran cantidad de tablones de madera; y, del otro, apilados cuidadosamente, unos más cortos. Rogelio infiere, con fastidio, que al hombrecillo le falta mucho trabajo por hacer.

Sin despegar la mirada del interior de la boca de su esposa, Rogelio la mueve. El carpintero pierde el equilibrio y cae. Los ronquidos se detienen. Pero el hombrecillo se levanta rápidamente y retoma la tarea. Serrucha con mayor ímpetu, y el resuello regresa también con más potencia.

El atormentado marido descubre sobre el buró la cajita de pastillas para dormir que su dulcinea asegura ya no necesitar. Extrae dos y las muele aplastándolas con el vaso de agua, también convenientemente ubicado en la mesita de noche. Saca una libreta del cajón, arranca una hoja, hace con ésta un cucurucho, coloca la punta del cono de manera estratégica y rocía el polvo blanco en el embudo.

Cae algo parecido a una nevisca. El carpintero, maravillado, pausa su trabajo y extiende las manos

hacia el cielo como si presenciara un prodigio. Poco después, se sienta somnoliento, se acurruca y, entonces, ocurre el verdadero milagro: se queda dormido.

Rogelio abre los ojos. La luz del sol entra por el ventanal de su cuarto. Teresa, recostada en la cama, lee un libro. Mira a su marido y sonrío. Al despegar los labios para darle los buenos días, emite un fuerte ronquido.

CARITAS

Es el año 1984. En la habitación de paredes negras hay varios reflectores encendidos acomodados sobre trípodes que apuntan hacia un banco donde se encuentra sentada Ana, de unos tres años de edad. Lleva puesto un vestido, calcetines con encaje, zapatos de charol y está cuidadosamente peinada. Aprieta contra su pecho un perrito de peluche y mira nerviosa en dirección a una puerta cerrada.

Del otro lado, pasos se acercan. Una dama ataviada de blanco, cargando un estuche del mismo color, entra al lugar. Su mirada es tan fría que la pequeña no opone resistencia mientras ésta le quita un zapato y la calceta. La mujer abre el estuche y saca una pluma de ave, toma con fuerza el pie de la niña y le hace cosquillas en la planta. Ana ríe, y un potente destello enciende su cara.

La pequeña sigue en el taburete. Esta vez, un hombre, con una vestimenta que remite a la de un verdugo medieval, ingresa en la estancia. Trae consigo

unas tijeras. Se acerca a la niña, le arrebató el perrito y, sin piedad, le corta una de sus patas de felpa. La niña llora, y la intensa luz blanca ilumina de nuevo su rostro.

La chiquilla continúa sentada en el banco. La puerta se abre y, ahora, pasa un joven con atuendo de mago. Se quita el sombrero, se lo acerca a la pequeña para que sople dentro, toca tres veces el ala con la varita y saca un conejo. La niña lo observa sorprendida, y la incandescencia irradia sobre su faz por tercera vez.

Ana permanece en el mismo lugar. En esta ocasión, un anciano disfrazado de payaso accede al cuarto. El hombre saca un largo globo, lo infla y le da forma de flor. Se la ofrece a la nena, pero, cuando intenta tomarla, él truena el globo con una aguja y sonrío satisfecho. La niña lo mira enojada, y el resplandor alumbró su semblante una vez más.

Ya sabemos dónde se encuentra la pequeña cuando la puerta vuelve a abrirse por última ocasión y una rechoncha fémína que evoca a una nana, con ropa

de dormir, entra a la pieza. Se acomoda junto a la agotada niña y abre una caja musical; la melodía es arrulladora. Ana bosteza, y el fulgor no se hace esperar.

Luz roja ilumina la típica fotografía de moda de la época en la que se han capturado cinco estados de ánimo distintos: Ana aparece riendo, llorando, sorprendida, enojada y bostezando. Sostenidas con pinzas, en cordeles que atraviesan de pared a pared el cuarto de revelado, penden las numerosas imágenes en las que pueden verse los conjuntos de cinco estampas de los infantes que sus padres llevaron al estudio fotográfico. En la penumbra, aguardan el momento triunfal en que serán exhibidos en las salas de las casas.

UN NIÑO GRANDE

Daniel, de unos treinta años de edad, vistiendo un calzoncillo largo estampado con balones de basquetbol, se prepara para meterse a la cama. Unos pasos bajan las escaleras cercanas. El hombre se quita aprisa la playera, la lanza al canasto de ropa sucia y encesta justo en el momento en que su hijo Tomás, de cinco años, entra a la habitación.

—¡Canasta! ¿Viste?

—¿Puedo dormir hoy contigo?

—Claro.

—Pero ya soy un niño grande.

—Los grandes duermen solos.

El pequeño se recuesta y se tapa con la cobija sin despegar la mirada de su padre quien, complacido, le da un beso en la frente.

—Papá te cuida.

La noche siguiente, Tomás, tapado con la cobija hasta el cuello, mira en dirección a la puerta abierta

de su cuarto, por si fuera necesario escapar. Se escucha una misteriosa campanita que proviene de bajo su cama; el niño se tapa la cabeza con el cobertor. Suena una tétrica risita, y el chiquillo se incorpora de golpe. Apenas su pie toca el piso, vuelve la campanilla macabra. El niño regresa la extremidad al refugio del colchón y se queda inmóvil. Al cabo de un rato, Tomás se arma de valor y, levantando un poco el edredón, se asoma bajo la cama. Con sorpresa, descubre en el suelo un pequeño orificio de donde sale luz. Ahora lo sabe: el tintineo de la inquietante campanita y la risa que suele acompañarla, surgen del piso de abajo.

Al llegar a la habitación de su padre, Tomás confirma que Daniel ha quitado del techo la lámpara de pantalla y junto al foco se encuentra el agujero que conecta con la planta alta. Parado sobre el colchón, su padre hace sonar la misteriosa campanilla.

—¡Ya te descubrí, papá! Tú también eres un niño grande.

EL CORDEL ROJO

Alexis, atiborrado de hormonas como cualquier otro adolescente sano, atraviesa la calle. Se sienta pesadamente en una de las bancas con vista a los edificios coloniales de amplias ventanas que circundan la plaza. Mientras descansa, observa a un niño y una niña que se asoman por una de las ventanas del inmueble de enfrente. Lo ven con cierta impaciencia, se miran con complicidad y se agachan para esconderse.

El joven baja la vista y descubre un hilo de estambre rojo enredado en un clavo de la banca en la que está sentado. No logra divisar el otro extremo del cordel que se extiende hacia lo lejos cruzando la explanada. Lo invade la curiosidad por descubrir qué hay al final. Imagina a una joven más o menos de su edad con un vestido de estambre rojo que avanza apresuradamente, sin voltear atrás, sin saber que, conforme se aleja, su vestido se va deshaciendo.

Alexis se levanta, desenreda del clavo el extremo de la hilaza y la va enrollando en su mano mientras se dirige en dirección del cabo oculto. Atraviesa la plazoleta y la calle, se interna en un callejón. Apresurado, recorre el camino que dicta el hijo rojo. Visualiza a la chica hipotética, con el cabello recogido, avanzando velozmente. El adolescente recorre los mismos callejones que transita la muchacha de rojo en su imaginación. El cordel en su mano se va convirtiendo en una madeja de estambre. La joven de su fantasía acelera el paso. La parte inferior de su vestido se acorta cada vez más; ella parece no darse cuenta. Alexis trota para alcanzarla. El vellón de lana en sus manos crece. La chica avanza, y su vestido rojo es cada vez más corto. El adolescente desea estar cerca del otro extremo del hilo, cerca de ella. El vestido de la muchacha se ha deshilvanado hasta cubrirle apenas la espalda. El joven hace un esfuerzo y corre rumbo a su destino. La chica queda completamente desnuda.

Alexis dobla una esquina y llega a la plaza en la que todo comenzó. Sigue el cordel y descubre que el otro extremo está enredado en un clavo de la banca contigua a aquella en la que encontró el primer cabo. Se sienta, agotado, sin entender de todo qué pasó. Descansa la mirada al frente, decepcionado. Desde una de las ventanas del edificio, los niños de antes ríen satisfechos.

ACTO DE MAGIA

La luz de la luna ilumina una calle desolada y sucia de casas y edificios viejos. Un joven vagabundo, con el cabello largo y enmarañado, avanza despreocupadamente por la banqueta empujando un viejo carrito de supermercado que contiene, entre otras cosas, bolsas con basura reciclable. Busca con la mirada objetos que recoger. Frena, toma del piso una lata de refresco vacía, la guarda en un costal dentro del carrito y sigue caminando. Se detiene frente a un montón de desechos y recoge del suelo el pequeño brazo de plástico de una muñeca. Lo limpia y lo guarda entre sus pertenencias.

A unos pasos del cúmulo de desperdicios, está estacionada una destartalada camioneta en la que se puede ver el rótulo de un espectáculo de magia. Frente a ésta se encuentra una casa en deterioro; la puerta principal está emparejada. Del interior sale una tenue melodía de caja musical. El vago estaciona su

carrito y entra a la vivienda, cautelosamente, dejando la puerta abierta tras de sí.

Una lámpara sobre una pequeña mesa, donde descansa un portarretratos, apenas ilumina la antesala de la vieja propiedad. Una segunda puerta abierta da a una habitación de la que proviene la delicada música. Sobre estantes empolvados hay zapatillas y sombreros pasados de moda. En las paredes, cuelgan enmarcados carteles que anuncian funciones de magia, ocurridas en los años noventa, y en que aparecen un mago y su atractiva ayudante vistiendo el típico sensual traje de gala.

El muchacho errante se detiene frente a la mesita y toma, con curiosidad, el portarretratos que exhibe una fotografía en blanco y negro donde se ven el hombre y la mujer de los afiches y una niña. Limpia el polvo del cristal en el área del rostro de la pequeña. Contempla su cabello largo y enmarañado, igual que el suyo. Extrae la fotografía del portarretratos y la guarda en su bolsillo. Sigilosamente, entra a la

estancia de donde proviene la melodía de caja musical.

Un foco que cuelga del techo ilumina tenuemente y con intermitencia la parte central de la descuidada habitación, el fondo se encuentra a oscuras. Sobre una repisa está la cajita de música abierta. Dando la espalda a la entrada del cuarto, títeres, marionetas y muñecos de ventrílocuo están dispuestos en pequeñas sillas como si observaran un espectáculo. Frente a éstos se ubica una mesa sobre la cual hay una vieja caja de magia del tamaño de un ataúd, adonada con estrellas color plata. El vagabundo se esconde tras un ropero donde la luz no llega.

Un anciano, con traje y sombrero de mago muy desgastados y cargando un maletín igual de viejo, emerge de la oscuridad del fondo para detenerse frente a la mesa donde está la caja. Pasos de tacones se acercan y una joven, con el cabello largo y enmarañado, vistiendo el erótico atuendo de gala, ya raído, surge de la penumbra. La bombilla se apaga y el

lugar queda totalmente a oscuras por un tiempo más largo que en los apagones anteriores.

Al volver la luz, el abuelo se acerca a los muñecos y hace que algunos de ellos aplaudan, cada uno de manera diferente, parece que están vivos. La joven realiza una reverencia y se recuesta dentro de la caja de estrellas plateadas. El anciano cierra la cubierta. Abre su maletín y saca un serrucho oxidado. Corta, o produce la ilusión de cortar, la caja de magia en tres secciones iguales, con un crujido de huesos en cada tajadura. Orgulloso, sonrío a su público de marionetas. Acomoda las tres partes de la caja en posición vertical y con las tapas de vista al auditorio. Abre la cubierta de la primera sección para revelar a los espectadores la cabeza de la chica; sus labios esbozan una provocativa sonrisa. El mago abre la segunda sección y enseña el tronco de la muchacha quien, seductora, descansa una de sus manos en la cintura. El viejo abre la tercera sección para exponer las piernas de la joven que se mueven coquetamente.

El abuelo hace una reverencia, quitándose el sombrero. Se acerca a un títere, lo coloca en su mano y éste aplaude. Al regresar a la mesa, cierra las tapas de las tres secciones y vuelve a acomodarlas en la posición inicial. Busca algo, que no lo logra encontrar, en el interior del maletín. Contrariado, se adentra en la oscuridad por donde llegó. El foco que ilumina la estancia se apaga. Unos pasos cautelosos cruzan la habitación, se detienen un momento y se alejan aprisa. La tenue e intermitente luz regresa. El anciano aparece de entre la penumbra del fondo, sosteniendo una varita mágica, dispuesto a terminar su acto. Sobre la mesa sólo encuentra dos de las tres secciones de la caja con estrellas color plata.

El vago, cargando la parte faltante, sale de la casa y, sin hacer ruido, cierra tras de sí la puerta. Con delicadeza, acomoda el nuevo tesoro en su carrito y se aleja empujándolo despreocupadamente.

Agradezco a Carlos Jiménez Velado y a Federico Pérez Castillo por sus valiosas recomendaciones respecto de los relatos breves aquí reunidos, escritos entre 2007 y 2010, y a Josué Fuentes por su apoyo en la parte gráfica de este proyecto.